

María del Carmen Vázquez Mantecón

*El bisonte de América:
Historia, polémica y leyenda*

México

Universidad Nacional Autónoma de México,
Instituto de Investigaciones Históricas

2013

216 p.

(Serie Historia General, 28)

Mapas.

ISBN 978-607-02-4755-2

Formato: PDF

Publicado en línea: 25 de noviembre de 2015

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/bisonte/america.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2015, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510, México, D. F.

EPÍLOGO

En el siglo inmediato posterior al de su exterminio, el bisonte ocupó en América del Norte un lugar privilegiado en la literatura, la historia, la etnología, el arte y la zoología. Por fortuna no fueron extinguidos en su totalidad en la centuria decimonónica, quedando algunos pocos ejemplares en varios ranchos, en museos y parques nacionales, desde donde se pudo emprender, muy lentamente, su rescate. En las últimas dos décadas del siglo XIX y sobre todo a lo largo del siglo XX, el bisonte se convirtió en una especie protegida, para lo que se crearon en los Estados Unidos y Canadá varias reservas donde hasta el día de hoy se conocen sus costumbres y se controla su reproducción, en un contexto de semi-domesticación, no exento de los lobos grises y de algunas enfermedades propias de la especie como el ántrax, o la brucelosis. También se han creado desde entonces muchas Sociedades Protectoras y grupos de estudio. El bisonte ya no se considera más una especie en extinción y una forma de preservarlos, ha sido re-introduciendo el hábito del consumo de su carne.



En México, en las últimas décadas, ha habido, asimismo, varios proyectos para la reproducción y conservación de los bisontes. Una tierra que siempre formó parte de sus anuales recorridos es el municipio de Janos en Chihuahua, donde, por ejemplo, han aparecido fósiles de sus antiguas especies. El 8 de diciembre de 2009 el *Diario Oficial* dio a conocer la creación de una Reserva de la Biósfera, llamada “El Uno”, ubicada en el municipio de Janos, al que un mes antes, llegaron ahí 23 cabezas de bisontes “genéticamente puros”, provenientes de un parque nacional de Dakota del Sur, gracias a un convenio del gobierno mexicano con la fundación internacional The

Nature Conservancy. Para esas 20 hembras y 3 machos se destinaron miles de hectáreas con pastizales abundantes para sus recorridos y propagación. Los reportes sobre esa reserva –emitidos por la Comisión citada, tanto en 2010 como en diciembre de 2011– informaban que en ese último año habían ocurrido 11 nacimientos, y que el área que recorrían era aproximadamente de 2 000 kilómetros, viéndoseles por Janos hacia el invierno.

Al mismo tiempo, en varios ranchos de la región, se ha promovido su cría y propagación, como en el llamado Los Encinos, ubicado en el camino de Ciudad Juárez a la capital del estado de Chihuahua. Ahí, en su planicie, pastan cerca de 400 bisontes con sus “beceros”, convirtiéndose en un atractivo turístico para los que transitan por esa ruta.¹ En Nuevo León hay muchos ranchos privados donde se reproduce en semi-cautiverio para actividades cinegéticas; otro rancho de esta clase se encuentra en Querétaro, el llamado El Venado. Además, se han introducido en varios zoológicos y parques turísticos por todo el país y en algunos de ellos ha comenzado su reproducción con el nacimiento de nuevas crías.

En Coahuila, en su región suroeste, fue creado un “Santuario de Bisontes” desde mediados de los años setenta del siglo XX, precisamente en el fraccionamiento de la ex-hacienda Jagüey de Ferniza, enclavado en la sierra de Zapalinamé, cuya vegetación la forman abetos, oyameles y cedros.² En la actualidad hay unos 50 ejemplares que no son explotados con fines comerciales y que se reprodujeron a partir de unos cuantos provenientes de otro rancho coahuilense llamado El Fortín, en el que llegó a contarse a más de 300 cabezas. Los 50 del “Santuario” recorren una superficie de 4 000 hectáreas privadas en las que fueron habilitados tres estanques que en el verano abundan en pastizales y en el invierno de ramas, hojas secas, líquenes y musgos.



El género filmico conocido como “western”, a pesar de que glorifica la conquista de los blancos sobre los indios y sus tierras, ha

¹ *La Jornada*, lunes 22 de junio de 2009.

² *Milenio.com*, martes 24 de junio de 2010.

ayudado al resguardo de la memoria de las grandes manadas de bisontes y a la fascinante hazaña de su cacería. Prefiero, por mi parte, lo que han aportado al tema la televisión y el cine documental estadounidenses en este siglo XXI. Sabemos, gracias a uno de los documentales producidos por National Geographic, que en Alberta, Canadá –donde se estableció un centro de investigación y conservación–, se conmemora cada año “el salto de la muerte”, aquella cacería milenaria de los indios, que llevaba a los bisontes a saltar hacia los barrancos, que se convirtieron, al mediar el siglo XIX, en enormes depósitos óseos, que tirios y troyanos explotaron comercialmente. En otra serie televisiva, –que, por cierto, reaparece con frecuencia en los canales culturales de la televisión mexicana– se presentan estadísticas sobre su número y luego sobre su exterminio, para subrayar la importancia de su actual reproducción, en parques como el de Yellowstone, o en reservas monumentales como las del estado de Dakota, que nos hablan de una especie que ya está en relativo cautiverio. En esos programas, a pesar de que nunca se habla de las masacres, ni del tráfico de pieles y lenguas, es posible conocer también las costumbres de los bisontes y los interesantes lazos sociales que hay entre las manadas. Al mismo tiempo, se mencionan las prácticas que tenían los indios con respecto a la cacería y al aprovechamiento de la carne, asuntos que los llevan, finalmente, a la reivindicación nostálgica hacia ambos y a su tiempo desaparecido.



El fotógrafo estadounidense Edward Sheriff Curtis –nacido en Wisconsin en 1858 y fallecido en 1952– ofreció, tempranamente, una serie de libros sustanciales, reunidos en 20 volúmenes, que fueron publicados con escaso tiraje entre 1907 y 1930, con el título de *Los indios de Norteamérica*. Ahí combinó más de 2 000 imágenes de una enorme belleza, con un texto sobrio y reivindicador, sobre las principales tradiciones y la vida cotidiana de los indios de las llanuras, que empezó a conocer por el año de 1900 en varias reservaciones. En su tiempo fue criticado por algunos etnólogos, que sostenían que había retratado un mundo idílico y romántico que nada tenía que ver con la realidad que vivían los pueblos originarios. Y es que

Curtis se dio cuenta muy pronto de que cuando los indios hablaban de lo que fue, sus ideas pertenecían al pasado,³ y de esa grandeza, precisamente, quiso dejar testimonio. Es conocido el respeto que sintió por los indios, y la correspondiente confianza con la que ellos lo recibieron. El gran ausente de esas imágenes reconstruidas fue, sin duda, el bisonte vivo, notándose esa desesperanza flotando en la atmósfera de esas “instantáneas”.

Durante muchas décadas su obra quedó en los fondos reservados de algunas bibliotecas y en manos de coleccionistas, hasta que, en 1980, la editorial Taschen dio a conocer en un volumen una resumida y seleccionada versión de los 20 tomos, libro que, por cierto, fue reeditado en el 2005. El *boom* editorial ocurrió al final del decenio de los noventa, cuando varias casas editoras españolas se dieron a la tarea de poner en movimiento una larga lista de títulos extraídos de los volúmenes que formaron parte de la obra original del famoso fotógrafo. En la actualidad, estos textos circulan ampliamente en forma de libros, postales, discos compactos y páginas en la Red, dando todavía mucho que decir a sus críticos y a los que, día con día, nos sumamos a las filas de los que aspiran a recobrar una historia descolonizada y abierta a otras maneras de pensar.



Los antiguos americanos asignaban al bisonte un origen subterráneo, lugar del que ellos también decían provenir. Quizá por eso, algunos chamanes visionarios presagiaron que su eclipse sucedería cuando los bisontes se hubieran ido. Esa historia marchó en consonancia con la modernidad sanguinaria de cada período vivido entre los siglos XVI y XIX. En nuestros días, en América del Norte, los bisontes protagonizan una nueva época, sin dejar de ser uno de los más peculiares de sus bovinos, que, en otras condiciones y bajo nuevas leyes, vuelven a una territorialidad que en tiempos no muy remotos se engalanó con su multitudinaria y benéfica existencia.

³ Edward S. Curtis, *El mito de la mujer búfalo blanco y otros relatos de los indios sioux*, Barcelona, J. J. de Olañeta, 1996, p. 13.